

# Solo es un juego

**Lucía Baskaran**  
fabula Karabeleko

**Borradores del futuro**  
Colección Gipuzkoa #2



*Baskaran*  
**Borradores del futuro**

## **BORRADORES DEL FUTURO**

### **Productora**

Azala Espacio de Creación

### **Ideación y creación del proyecto**

Arantxa Mendiharat, Ixiar Rozas, Idoia Zabaleta

### **Asesor científico**

Unai Pascual

### **Coordinación**

Arrate Hidalgo

### **Diseño de la colección**

Ibon Sáenz de Olazagoitia

### **Comunicación**

Teklak. Estudio de Comunicación y Audiencias

### **Web**

La Debacle

## **COLECCIÓN GIPUZKOA #2**

### **Autora**

Lucía Baskaran

### **Alternativa**

Karabeleko

### **Ilustraciones**

Lola Duchamp

### **Correcciones**

Amaia Apalauza

### **Distribución**

NOIZ

### **Imprime**

Gráficas Dosbi

### **Primera edición**

Diciembre 2021, Lasierra (Álava)

### **Patrocinadores principales**

Kutxa Fundazioa

Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco

### **Entidades colaboradoras**

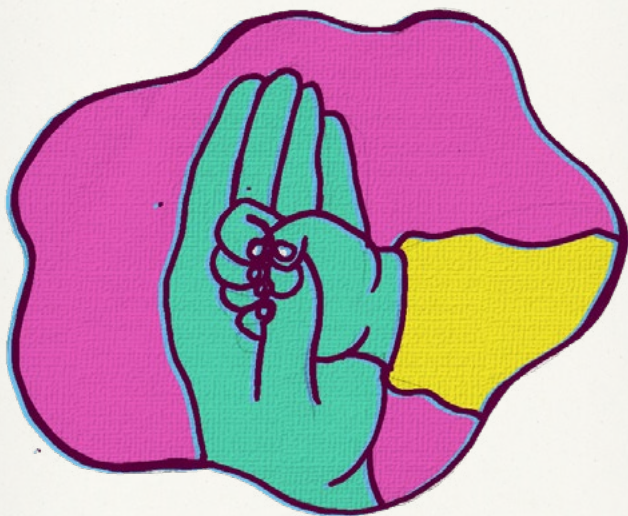
Diario de Noticias de Álava

Hala Bedi Irratia

Kaxilda

**Depósito legal:** LG G 00815-2021

Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0).



# **Solo es un juego**

Historias y fabulaciones  
sobre mundos posibles

[borradoresdelfuturo.net](http://borradoresdelfuturo.net)



# Solo es un juego

## 1

—¿A quién se le ocurre hacerles eso a les niños? ¡Bastante tuvimos nosotres! —se quejó Mentxu.

—Hay cosas que no se pueden entender si no las has vivido —se defendió Farah—, y, por mucho que se lo explique, el viejo mundo era tan absurdo y tan violento que es casi imposible que lo entiendan de otra forma.

—¡Qué manía con tener que entenderlo todo! —trinó Mentxu—. ¿Por qué te aferras a esas lógicas de conocimiento antiguopatriarcales, antivitales y prekiribiles?

—Déjala, Mentxu —contestó Kaxilda—. Nuestra Farah es de la vieja escuela.

—¡Pero si tiene mi edad!

—Pero no tuvo tu suerte. —Kaxi tenía razón. Antes de fundar Kiribil, Mentxu y Farah vivían en la misma ciudad, pero ni se conocían ni había muchas probabilidades de que lo hicieran, a no ser que Mentxu contratase los servicios de Farah. Y, aun así, nunca llegarían a conocerse realmente: las grandes ciudades albergaban varios mundos que únicamente se relacionaban desde la violencia.

—Aún así, no comparto la idea de hacerles eso a les niños —dijo Mentxu.

—Es un juego. Pueden dejarlo cuando quieran. —Les tres viejes estaban bañándose en el río. Como Kaxilda acababa de salir de un período de transición, Farah se encargó de ponerle al día: el día anterior, después de cenar, Zuhaitz le pidió que le contara una vez más cómo era la vida antes de Kiribil. Zuhaitz nunca se cansaba de escuchar las historias de Farah, ni Farah de contárselas. Había ciertas ideas que a le niñe le costaba asimilar; pero le gustaba la sonoridad de las palabras antiguas de Farah y tomaba notas mientras le vieje hablaba. El resto de les niñes corrieron a reunirse en torno a Farah en cuanto empezó a hablar; a elles también les gustaba su manera de narrar, y guardaban silencio mientras le vieje hablaba.

—¿Os gustan las carreras? —les preguntó Farah.

—¡SÍ! —chillaron les niñes al unísono.

—Bueno, pues imaginaos que lo tuvierais que hacer todo así, corriendo.

—¡Qué divertido! —exclamó Zuhaitz, provocando la risa de les demás niñes. Farah también se rio.

—¿Suena bien, verdad? ¿Por qué no hacéis una prueba? Os reto a que hagáis todas las tareas de mañana corriendo; no solo las tareas asignadas, sino también las necesidades y los juegos. ¿Qué os parece? —Les niñes aplaudieron entusiasmades, y algunes ni siquiera pudieron sestear de la excitación.

Al día siguiente, Farah les esperó en el Puente Viejo para darles las instrucciones: además de hacerlo todo corriendo, les niñes debían prescindir del sesteo hasta que se pusiera el sol. Algunes protestaron; otras miraron a le vieje como si les estuviera hablando en una lengua desconocida. Lili gritó:

—¡Nos vamos a morir!

Y les más pequeñes rompieron a llorar.

—Nadie se va a morir —contestó Farah—. Vais a hacer vuestras tareas, y, como las vais a hacer rápido, tardaréis mucho menos tiempo en terminarlas, así que cuando las terminéis os pondré más tareas. Pararéis para comer algo al mediodía y después seguiréis tarereando hasta la hora de cenar. Y, cuando acabéis, sestearéis ocho horas seguidas.

—¿Quién quiere sestear ocho horas seguidas? ¡Qué aburrimiento! —protestó Kirmen.

Farah esperó a que les niñes se calmaran.

—Solo es un día. Os prometo que no os vais a morir.

—Farah tiene razón —dijo Zuhaitz—, solo es un día. —Farah ya había observado la influencia que tenía Zuhaitz sobre los demás niños. Su valentía y su arrojo tranquilizaban a los más pequeños, que adoraban estar cerca de él porque era el que más paciencia tenía y más les ayudaba—. Además, solo es un juego. Podemos parar cuando queramos. ¿Verdad, Farah?

—Por supuesto —contestó le viejo. Después les detalló la jornada del día: empezarían preparando las cestas de la semana, tras lo cual recogerían las vainas, asegurándose de arrancar y separar las que no sirvieran. Una vez hubieran llenado los cubos, pasarían a sembrar las semillas de tomate. A media mañana se reunirían con los demás para hacer el hamaiketako, pero solo durante media hora. A las 11:30, imprimirían y clasificarían los pedidos de la semana y visitarían a los compañeros que estaban en período de transición. Dispondrían de una hora para comer con ellos, y después planificarían las actividades de ocio del mes y recopilarían todas las propuestas de la comunidad. Atenderían a los más pequeños y se encargarían de preparar la cena, recoger los platos y dejarlo todo limpio antes de que se pusiera el sol. Antes de dar la jornada por terminada, se ocuparían de preparar su funeral, el funeral de Farah, que había decidido morir esa misma semana.

## 2

Farah organizó los grupos rápidamente: en cada grupo debía haber al menos una persona que supiera leer, y los menores de siete años no participarían.

—¡Yo quiero participar! —se quejó Lili.

—Lo siento, Lili, pero será mejor que no. Además, como se van a ocupar de todas las tareas, vosotros tendréis más tiempo para jugar. —Esto pareció satisfacer a los más pequeños, que aun así quisieron ver cómo se las apañaban sus compañeros, y decidieron seguirles.

Cuando Farah dio la señal, todos los niños corrieron hacia la oficina del invernadero. Hubo mucho alboroto. Los niños eran demasiados para entrar cómodamente en el habitáculo, así que Zuhaitz tomó las riendas.

—No hace falta que estemos tantos para imprimir los pedidos. Esperad fuera, salgo enseguida. —Los niños salieron al invernadero, nerviosos. ¿Debían correr mientras esperaban a que Zuhaitz saliera? Kirmen creía que sí; Uxo dijo que no hacía falta, que solo serían

cinco minutos, que Farah les había dicho que debían hacer las tareas corriendo pero que eso no incluía los tiempos de espera. Mientras hablaba, ordenó mentalmente las tareas para poder realizarlas lo más rápido posible e intentar evitar que todes corrieran y armaran barullo como en la oficina.

—Zuhaitz repartirá las hojas de pedidos; mientras tanto, les más pequeños irán a por las cestas y Kirmen y yo ordenaremos los pedidos por fecha. Después, cada grupo se organizará como quiera para ir llenando las cestas. ¿Estáis de acuerdo? —Kiribil surtía de hortalizas a las poblaciones de todo el territorio, y una de las tareas de los lunes consistía en organizar los pedidos por cestas antes de realizar los envíos. A cambio, las demás comunidades, cuyas poblaciones rara vez superaban los mil habitantes, ofrecían varios servicios: mientras que en Matzurreta se especializaban en la fabricación de combustibles ecológicos, los habitantes de Toletxe se dedicaban al textil, los de Erriox a las vides y así sucesivamente. Si bien cada comunidad se especializaba en algo concreto, todas contaban con diferentes miembros que desempeñaban las tareas de maestro, médico, fontanero, carpintero, etcétera. Las transacciones entre las distintas localidades funcionaban con un sistema de trueque que habían mejorado con los años y que aseguraba que a nadie le faltara nada.

Los kiribildarras se ocupaban de recoger aquello que la tierra les daba, sin explotarla más de lo debido y respetando los tiempos de la naturaleza. Aquel día tocaba surtir las cestas con lechugas, patatas, zanahorias y remolachas, que se podían cultivar durante todo el año, además de tomates, berenjenas, pimientos, pepinos y judías, todas ellas hortalizas que ya estaban listas en verano.

—¿Kirmen? —preguntó Uxo.

—Estaba pensando que quizás sería mejor que Lalo, Hodei, Noa, Peru y Siri solo fueran a por las cestas y tú, Zuhaitz, Mare y yo las llenásemos.

—¿Por qué?

—Porque no corren tanto. —Uxo miró a los niños a los que Kirmen había nombrado. Noa y Hodei asentían con la cabeza, pero Siri, Peru y Lalo parecían avergonzados. Zuhaitz salió de la oficina en aquel momento y se percató de que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —Uxo le explicó la situación, y añadió que quizás los compañeros no iban tan rápido pero que hacían su trabajo muy



bien, que prestaban más atención que el resto y que nunca se habían equivocado a la hora de llenar las cestas.

—¿Qué queréis hacer vosotros? —les preguntó Zuhaitz.

—A mí me parece... —empezó a decir Lalo, pero Kirmen le interrumpió.

—Si tenemos que hacer las tareas lo más rápido posible, más vale que lo hagamos como lo digo yo. —A todes les sorprendió la reacción de Kirmen, que, si bien era de naturaleza terca, nunca se había mostrado tan intransigente.

—Debemos ser más rápidos en la toma de decisiones —intervino Mare—. Llevamos debatiendo demasiado tiempo.

—Estoy de acuerdo —asintió Kirmen.

Zuhaitz no tenía muy claro qué querían decir con aquello de «demasiado tiempo». Normalmente, las tareas se llevaban a cabo sin prisa, respetando los ritmos de todes, pero tenía que admitir que Mare y Kirmen llevaban razón.

—Vale, solo es un día —dijo Zuhaitz mirando a Uxoá, que se había cruzado de brazos y miraba a Mare y a Kirmen sin saber qué decir—. Hagámoslo como dice Kirmen, y luego ya veremos.

—¿Y no sería mejor planificarlo todo ya? Así no perdemos tiempo —dijo Kirmen.

—¡Y dale con lo de «perder tiempo!» —replicó Uxoá—. ¡El tiempo no se pierde nunca! ¿De dónde has sacado esa expresión?

—Me la enseñó Farah. —Kirmen se mostraba orgulloso de saber algo que el resto desconocía. Zuhaitz también sabía qué era «perder el tiempo», pero decidió no decir nada: no quería echar más leña al fuego.

—Bueno, será mejor que empecemos, no queremos perder... —empezó Zuhaitz. Antes de terminar la frase, Uxoá ya estaba resoplando—. No queremos demorarnos; hay mucho que hacer.

### 3

Poco antes de terminar, Siri propuso que el grupo se dividiera: les pequeños se ocuparían de recoger las lechugas mientras les mayores plantaban los puerros. Todes estuvieron de acuerdo: les pequeños, al ser sus cuerpos más menudos, recorrerían el invernadero más eficazmente que les mayores.

Les mayores terminaron de plantar pronto, y corrieron a ayudar a les pequeños en el invernadero. Kirmen no ocultó su impaciencia al ver que les pequeños realizaban la tarea al ritmo habitual.

—Van muy despacio.

—Aún queda media hora para el hamaiketako. Relájate —contestó Mare. Uxoá sonrió para sus adentros. Mare no era de les que se dejaban intimidar.

Todes les niños contaban con las herramientas necesarias, que portaban en un grueso cinturón, para facilitar la recogida. Les mayores sacaron sus cuchillos y se dispusieron a cortar los tallos de las lechugas junto a les pequeños.

—¡Me he cortado! —gritó Hodei.

Mare soltó su cuchillo y corrió a atender a le pequeño.

—¡Ay! —gritó Lalo—. ¡Me he hecho daño!

Uxoá se acercó a Lalo. Tenía un corte en el pulgar; no parecía grave, pero sangraba mucho, y le pequeño estaba asustado.

—Voy a por el botiquín —dijo Uxoá—. Vuelvo enseguida.

Al oír el llanto de Lalo, Hodei también rompió a llorar. Les demás pequeños dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a su compañere.

—¿Qué hacéis? —gritó Kirmen—. ¡Tenemos que seguir tarereando!

—¡No! —gritó Lalo con la cara bañada en lágrimas—. ¡No, no y no!

—¡No! —gritaron al unísono les demás pequeños.

Kirmen soltó un suspiro y miró a Zuhaitz, que observaba a les pequeños que no participaban en el juego y yacían alegres en la campa: algunos corrían imitando a les mayores, otros construían un refugio, otros estaban tumbados sobre la hierba y se tocaban los genitales. Zuhaitz recordaba bien el día en el que descubrió el cosquilleo que le producía acariciarse entre las piernas. Quiso compartirlo con sus amigos de inmediato, así que se dirigió a ellos y les mostró su nuevo descubrimiento, sin palabras, porque aún no hablaba bien. Les niños ya estaban acostumbrados a ver sus cuerpos y los de sus compañeres desnudos, ya que casi ningún habitante de Kiribil usaba ropa cuando no tarereaba y hacía calor, pero hasta ese día no habían sentido curiosidad por explorarlos.

Se pasaron la tarde rodando sobre la hierba entre risas de gozo, comparando las diferentes formas de cada uno.

—¿Puedo tocar le tuye? —le preguntó Kirmen a Zuhaitz.

—¡Claro! ¿Y yo puedo tocar le tuye?

—¡Sí!

Al rato, se unieron Uxoá y Mare, y les mostraron a Kirmen y a Zuhaitz cómo lo hacían ellos para obtener el cosquilleo: tumbades, con las rodillas flexionadas, cubrían sus respectivos genitales con una mano encima de la otra y las movían de arriba abajo. Poco después, Mare descubriría una forma que le gustaba aún más y con la que el cosquilleo venía más rápido; solo tenía que ponerse entre las piernas una almohada y mover las caderas hacia atrás y adelante. Les niños probaron a tocarse unos a otros, Uxoá y Mare rieron al ver que los genitales de Zuhaitz y Kirmen cambiaban de forma y pasaban de ser como un gusano de seda gordito a ser como una babosa dura.

Ahora eran los más pequeños los que descubrían sus cuerpos y los de sus compañeres, y Zuhaitz sintió una punzada de envidia al verles experimentar el cosquilleo por primera vez.

—¡Eh! ¿Qué haces? —El grito de Kirmen sacó a Zuhaitz de sus ensañaciones—. ¡Venga, a tarrear!

Zuhaitz observó a su compañere. Algo había cambiado en la expresión de Kirmen. Los ojos parecían habersele agrandado, y la boca formaba una mueca extraña que Zuhaitz no reconocía. Se acercó a Kirmen y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Estás bien?

—¡Sí! ¡Pero no podemos demorarnos más! ¡Hay que seguir tarreando!

—Kirmen —dijo Zuhaitz con expresión seria—. Solo es un juego.

#### 4

—¿Qué tal va la mañana? —les preguntó Koro. El resto de los kiribildarras estaban enterades del juego que había propuesto Farah, y los habitantes más antiguos se oponían totalmente, pues aún recordaban las lluvias torrenciales, las temperaturas extremas, las fuertes borrascas y las inundaciones, que a su vez provocaron el desabastecimiento de supermercados, carreteras cortadas e innumerables muertes, tanto humanas como animales. Fueron ellos los que decidieron construir Kiribil antes de que todo se desmoronase: consiguieron generar electricidad a partir del sol y del viento y se centraron en la agricultura ecológica, tal y como hacían anteriormente en Karabeleko, la finca agroecológica en la que muchos ya llevaban trabajando varios años. Kiribil no era más que la versión extendida de Karabeleko, un lugar

en el que los períodos de transición (conocidos como «enfermedades mentales» en el viejo mundo) no estaban estigmatizados y los transi- tadores eran bienvenidos. Participaban en las diferentes tareas de la finca y compartían con sus compañeros sus períodos de transición, tal y como se hacía en Kiribil.

—¡Muy bien! —contestó Kirmen. El resto asintieron. —¡No estamos nada cansades! —Les mayores del grupo se miraron entre ellos con una sonrisa cómplice.

—Hoy vais a dormir muy bien, ya lo veréis —dijo Koro, divierte.

El hamaiketako tenía lugar en la Caseta durante los días más fríos y en la campa si hacía sol y no llovía. Todes formaban un círculo; algunos se sentaban en sillas, otros permanecían de pie y el resto se apoyaba en cojines. Ese día, Koro era le encargade de dirigir la sesión, y, como era costumbre, aquellos que estaban o acababan de salir de un período de transición tenían preferencia.

—Nada más despertarme, antes de que salga el sol y la cabeza se me llene de nubarrones, salgo a andar todo lo rápido que puedo —empezó a decir Kaxilda—. Voy por los caminos de tierra hasta llegar al molino y acompaño mis pasos con mi respiración, intentando que esta sea profunda, pero une ya es vieje, las rodillas me fallan y la cabeza también: de repente me desinflo como un globo y ya no tengo fuerzas para nada, solo quiero llorar, acostarme y dormir. —Uxo, Zuhaitz y Peru corrieron a abrazar a Kaxilda, que no pudo contener las lágrimas. Les demás guardaron silencio hasta que le vieje terminó, y después Koro le preguntó qué podían hacer para ayudarle en su transición.

—Quiero que me ayudéis a morir —contestó Kaxilda—. Quieroirme con Farah.

—¡Pero nosotres no queremos que te vayas! —exclamó Lili. Xuban, su adre biológica, se agachó frente a elle y le cogió de las manos con suavidad.

—Pero Lili, Kaxi se quiere ir. No podemos obligarle a estar en un sitio en el que no quiere estar. —Le pequeñe no contestó. Corrió a abrazarse a las piernas de Kaxilda con la cara bañada en lágrimas.

—¡No te vayas! —Kaxilda le acarició la cabeza y después cogió a le pequeñe en brazos. Recordaba perfectamente el día que Lili vino al mundo. Tala estaba muy asustade porque era su primera vez, y su barriga le provocaba desasosiego, como si en vez de ser parte de elle fuera un cuerpo extraño que se había instalado allí sin previo aviso. Fue un embarazo difícil. Durante el primer trimestre, Tala vomitaba



casi todo lo que comía, y estaba débil. Después, la barriga empezó a crecer a una velocidad de vértigo; parecía que su cuerpo menudo se iba a partir por la mitad. Kaxilda, que había visto nacer a le propie Tala, estuvo junto a elle durante todo el embarazo; su compañere solo se tranquilizaba cuando le vieje le hacía compañía y le contaba sus historias para que se olvidara un rato de los dolores y las náuseas.

Lili vino antes de lo esperado, pero eso no supuso un problema en la comunidad, ya que todo estaba organizado en la habitación trasera de la Caseta; la amplia estancia contaba con todo lo que una parturiente pudiera necesitar: un colchón reclinable; una banqueta con un gran agujero en el centro y dos apoyapiés en los laterales para facilitar la salida de le recién nacide, sobre todo si une de les compañeres ayudaba a le embarazade levantándole por las axilas para que la gravedad hiciera su parte; una pelota grande por si necesitaba botar; una colchoneta para que no se dañara las rodillas ni las manos en caso de que quisiera ponerse a cuatro patas; una piscina lo suficientemente grande como para que cupieran cuatro personas; paños limpios; varias clases de infusiones; y una bañera en la que también se realizaban abortos con ruda, una planta prohibida en el viejo mundo porque les quitaba trabajo a les médiques. Además, la iluminación de la sala era regulable, de forma que le parturiente pudiera elegir la que le resultara más cómoda.

Tala pidió quedarse a solas con Kaxilda durante todo el tiempo que duraron las contracciones. Una vez estuvo preparade, se puso de cuclillas sobre la banqueta y mandó llamar a otre compañere para que le sujetase de las axilas mientras hacía fuerza.

Lili llegó a Kiribil tras dieciséis horas, pequeña y arrugade, gritando a pleno pulmón. Kaxilda se ocupó de lavarle y abrigarle antes de entregársele a Tala, que miraba a le bebé con desconfianza. Lo que en el viejo mundo se llamaba «depresión postparto» en Kiribil no era más que una de las diversas transiciones de sus habitantes. Varies kiribildarras se ocuparían de cuidar a Lili hasta que Tala decidiera que estaba preparade: Muni, que hacía poco más de dos meses que había dado a luz, amamantó a le pequeña y los demás cuidados se repartieron entre el resto de les compañeres de la comunidad. Kaxilda veló el sueño de Lili durante tres meses. Tala les visitaba casi a diario, para familiarizarse poco a poco con le bebé, ofreciéndole un dedo para que le niñe lo agarrara. Un buen día le pidió a Muni que le dejara

cogerle en brazos después de que le niño hubiera mamado. Se rio al oír la sinfonía de gases de Lili.

—¡Con lo chiquitine que es! —A partir de entonces, Tala se fue amigando con Lili, se hizo adicte al olor de su cabecita y el tacto de su piel, e incluso pidió sestear con elle muchas veces.

Ahora Lili le miraba desesperade. Tala le cogió en brazos y se le llevó a la huerta pequeña, el espacio seguro de le pequeñe.

Explicarles la muerte a les más pequeñes seguía siendo una tarea difícil en el nuevo mundo. Por mucho que fuera una etapa más de la transición y que se celebrara con los mismos festejos que la llegada de la primavera, la época de cosecha y otras celebraciones que les kiribildarras habían recuperado de sus ancestres, les niños se entristecían igualmente. Para ellos, la muerte era la partida de une amigue a quien nunca volverían a ver.

—Nos vamos les dos juntes. —Farah cogió la mano de Kaxilda y la estrechó entre las suyas. Después, dirigiéndose a les pequeñes, dijo—: ¡Mis potxoles! ¡Ya se os ha acabado la media hora! ¿Estáis preparades? ¡En marcha! —Zuhaitz y Uxoá eran les únicos que no lloraban y no se atrevieron a decirles a sus compañeres que debían dirigirse a su próxima tarea corriendo.

—Mare y yo prepararemos los pedidos de la semana, les demás iréis a ver a les compañeres y nosotres nos uniremos cuando hayamos acabado —dijo Kirmen. Uxoá y Mare se miraron entre ellos. ¿Quién había decidido que sería Kirmen quien organizara el grupo? Mare abrió la boca para protestar, pero se lo pensó mejor: les compañeres en transición les esperaban, y necesitaban de sus cuidados. Eso era más importante que ninguna otra cosa.

No fue necesario planear las visitas con antelación: cada niño sabía adónde debía ir. Les que estaban en período de transición elegían a sus confidentes, es decir, a aquellas personas con las que se sentían más cómodos, y, si ambas partes estaban de acuerdo, les confidentes visitaban a sus compañeres transitadores. Algunes se alojaban en sus habitaciones de siempre; otres necesitaban estar alejades del resto, bien porque relacionarse les suponía una dificultad, bien porque cualquier ruido les provocaba dolor. Para ello, les kiribildarras habían construido cinco pequeñas cabañas repartidas en las afueras del centro a las que se accedía por los distintos caminos de tierra que rodeaban el pueblo. Cada cabaña contaba con un pequeño huerto, ya que muchos transitadores echaban de menos tarrear y encontraban

la paz cuidando de su pequeña porción de tierra. Les confidentes solo les visitaban para asegurarse de que no les faltara alimento ni ninguna otra cosa, y solo se quedaban si quien transitaba lo requería.

Antes de dirigirse a la cabaña de Iri, Uxo preparó una bolsa con comida, agua, una baraja de naipes, un par de libros de la biblioteca, un cuaderno y un bolígrafo. Durante su última visita, Iri le prometió a Uxo que escribirían una historia entre los dos, y, mientras corría hacia la cabaña, Uxo se entristeció pensando que no podría quedarse mucho rato con su compañere y que no les daría tiempo a escribir casi nada.

—Entra. —Iri no se levantó de la cama.

—¿Qué tal has dormido?

—Mal, muy mal. —Uxo dejó la bolsa sobre una de las sillas del pequeño comedor y fue a sentarse junto a Iri.

—¿Qué necesitas?

—Dormir. —Era obvio que Iri no estaba de buen humor.

—Te he traído lo que me pediste.

—Hoy no quiero escribir. —Uxo sintió alivio al oír aquello, y procedió a contarle el juego y a disculparse por no poder quedarse más tiempo.

—Está bien. Hoy no me apetece ver a nadie.

—¿Quieres comer algo?

—Ahora no. Comeré más tarde. Menuda tontería de juego. No sé por qué le hacéis caso a Farah. —Iri también había conocido el viejo mundo, pero nunca hablaba de él. Decía que no merecía la pena recordar algo tan horrible.

—Farah dijo que así lo entenderíamos mejor. Además, solo es un juego.

—Revivir el sufrimiento pasado no es un juego, es una perversión. —Uxo no se atrevió a preguntarle qué significaba «perversión». Lo único en lo que pensaba era en irse de allí para seguir tarereando y ganar el juego.

—¿Necesitas algo más?

—No, gracias. Vete, anda, que lo estás deseando. —Le niñe se ruborizó y, no sabiendo qué contestar, se despidió bruscamente y salió de la cabaña corriendo. El juego ya no le gustaba, tenía ganas de llorar, pero no podía parar de correr, como si algo más fuerte que elle se hubiera adueñado de sus piernas y estas corrieran solas. El dolor por no haber tenido paciencia con Iri fue sustituido por estrategias





para seguir tarereando: ya que Iri no quería compañía, tenía tiempo de sobra, así que se encargaría de planear las actividades de ocio y de ordenar las propuestas de la comunidad. Así, cuando les demás acabaran, solo tendrían que ocuparse de los pequeños, preparar y recoger la cena y organizar el funeral de Farah y Kaxilda.

## 5

—¿Qué haces? —Kirmen, Mare y Zuhaitz llegaron casi a la vez.

—Iri no quería compañía, así que estoy adelantando las tareas.

—Eso es tarea de todos —contestó Kirmen.

—Uxo solo quiere ayudar —intervino Zuhaitz.

—Pues a mí me parece que quiere quedar el primero y ser quien mejor lo hace.

—¡Basta! —gritó Mare—. ¿Qué tonterías estás diciendo? —Les demás niños, que iban llegando poco a poco, no se atrevieron a acercarse al grupo, y miraban a sus compañeros con estupor. Los más pequeños se cogieron de la mano, como cuando tenían que adentrarse en el bosque y aún temían a las distintas vidas que habitaban en él.

—Quieres contarle a Farah que tú llegaste primero. Porque eres el más listo, o eso crees tú... —Kirmen no pudo terminar la frase. Uxo se abalanzó sobre él y ambos rodaron por el césped. Zuhaitz sujetó a Kirmen y Mare a Uxo.

—¡Siempre le defiendes! —gritó Uxo—. ¡Siempre vosotros dos juntos, como si tuvierais un secreto! ¡Como si fuerais mejores que los demás! —Dos lágrimas calientes rodaron por sus mejillas mientras Mare le abrazaba por la espalda y le susurraba: «Tranquile, Uxo».

Tala, que había oído el griterío desde el huerto, se acercó corriendo con Lili en brazos.

—¿Qué está pasando? —Les cuatro hablaron al mismo tiempo, Uxo con la voz entrecortada por las lágrimas, Kirmen y Zuhaitz gritando, y Mare era el único que hablaba con un tono pausado.

—No entiendo nada. Hablad de uno en uno, por favor.

—¡Quiero sestear! —gritó Siri.

—¡Quiero comer! —dijo Lalo.

Varios niños rompieron a llorar.

—¡No podemos sestear! —La voz de Zuhaitz se alzó sobre los demás—. Primero debemos terminar las tareas. El juego...

—¡No quiero jugar más! —protestó Mare. Varies niñes le dieron la razón.

—Eso es porque no se os da bien jugar, por eso no queréis seguir —dijo Kirmen.

—¡Basta! —intervino Tala—. Voy a por Farah ahora mismo, y acabamos con esta historia de una vez por todas. No os mováis hasta que volvamos.

Tala desapareció tras el invernadero, y se hizo el silencio. Después, Zuhaitz, con la piel llena de arañazos y tierra, dijo:

—Hay que seguir con el juego. Tenemos que acabar lo que hemos empezado.

Tenía la mirada ausente, como poseída.

—¿Qué importa el juego? Ya nadie se divierte. Todes queremos sestear, comer, jugar a los juegos de antes —contestó Mare.

—Zuhaitz tiene razón —dijo Uxo—. Hay que terminar. —Intentó levantarse de la hierba, pero apenas tenía fuerzas; el estómago le rugía y los párpados habían empezado a pesarle.

—¡Os habéis vuelto loques! —chilló Mare.

—¿Qué es «loques»? ¡No te inventes palabras!

—Mare no se está inventando nada. —Farah apareció detrás de les niñes—. Les loques éramos les que habitábamos el viejo mundo. Ya lo habéis entendido, mis potxoles. Hale, vamos todes a preparar la cena.



## BORRADORES DEL FUTURO

*Borradores del futuro* es una colección de relatos cortos que imaginan el futuro de alternativas o utopías. En «Solo es un juego», la escritora Lucía Baskaran explora el futuro de la relación entre salud mental y agroecología tal y como se gesta en la finca Karabeleko.

**Karabeleko.** Karabeleko es una finca experimental pionera en agricultura ecológica, creada a partir de la unión de esfuerzos de Agifes, Blasenea y Kimu Bat, y cuenta con la calificación de Centro Especial de Empleo. Esta asociación sin ánimo de lucro busca promover una cultura de producción y consumo de horticultura ecológica, además de la inclusión social y laboral de personas con problemas de salud mental. Se trata de un centro experimental abierto al público en general y al sector hortícola ecológico profesional en particular, en el que analizan el comportamiento de las diferentes especies y variedades hortícolas y de otros productos para poder asesorar a los productores ecológicos de la vertiente cantábrica. A este objetivo se añade el de sensibilizar a la sociedad respecto al colectivo de personas con problemas de salud mental.

**Lucía Baskaran** (Zarautz, 1988) ha publicado las novelas *Cuerpos malditos* (Temas de Hoy, 2019) y *Partir* (Expediciones Polares, 2016). También ha participado en el libro de relatos *Ya no recuerdo qué quería ser de mayor* (Temas de Hoy, 2019) y ha traducido *Memorias de una ex reina del baile*, de Alix Kate Shulman. Ha colaborado en medios como *El País*, *Diario El Salto*, *El Periódico de España* o *Glamour*, entre otros. Actualmente está escribiendo su tercera novela, programada para 2022; imparte clases de literatura feminista y LGTBIQ+ y reside en Donostia.

*Borradores del futuro* se gesta desde **Azala**, un espacio para residencias artísticas situado en Lasierra, un pueblo alavés de 12 habitantes, en las faldas de un encinar. Desde sus inicios en 2008 desarrolla múltiples colaboraciones con otras instituciones culturales, y quiere estar cada vez más ligado a prácticas situadas en su entorno. Para la creación de esta fábula, se organizó desde Azala una sesión de «Futurible», ejercicio de proyección hacia el futuro celebrado de forma presencial el 22 de junio de 2021.



## AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todas las personas que nos regalan tiempo, ilusión y energía a la hora de seguir creando este proyecto.

Para este #2 en Gipuzkoa, también agradecemos a Lucía Baskaran; Lola Duchamp; Eneko Arakama, Ainhoa Sanpedro y Amaia Odriozola (Karabeleko), y Unai Pascual; así como a todas las personas que han participado, aparte de las antes mencionadas, en el proyecto y la sesión de «Futurible»: Silvia Calleja, Irene Intxausti Basilio (Teklak), Itsaso Larramendi (Tipi), Anneke Raskin y Maite Telleria (Azala).

## COLECCIÓN GIPUZKOA #2

Edición de 2.300 ejemplares. Distribución en bares y lugares de paso en ciudades y pueblos de Gipuzkoa. La publicación está también disponible en texto y audio en [borradoresdelfuturo.net](http://borradoresdelfuturo.net).